



CRÉANME: TENEMOS UN PROBLEMA DE CREDIBILIDAD CON LAS EMISIONES DE CO2

Mis hijas (edad media: cuatro años) tienen un serio problema de credibilidad. "Papá, si nos lees otro cuento nos iremos a dormir". "Mamá, si me das unas patatas fritas ahora, te prometo que me comeré toda la cena". ¿Sabéis qué, cariños míos? No os creemos, así que no os voy a leer otro cuento más ni os voy a dar patatas fritas antes de la cena.

Estos problemas no sólo los tienen las niñas pequeñas. Los directivos prometen dar *bonus* en función de los resultados y los trabajadores no les creen; como consecuencia los resultados esperados no se materializan. Los gobiernos prometen controlar la inflación, pero como nadie les toma en serio la inflación sube.

Estos problemas tienen soluciones. Numerosos adultos se han labrado una buena reputación de honestidad, de forma que la gente suele creer lo que prometen. Los políticos delegan el control de la inflación a los bancos centrales, los cuales —a pesar de las recientes penalidades— son más creíbles y más eficientes para controlarla.

Pero en el tema del cambio climático pocas personas hablan acerca de la coherencia temporal. Y deberían hacerlo. No encuentro ningún motivo para tomarme en serio ninguna promesa de ningún gobierno sobre este tema.

El Gobierno británico ha fijado un objetivo de cumplimiento obligatorio de emisiones de dióxido de carbono (CO2) para 2050. No cabe duda de que el gabinete actual no seguirá gobernando el país en esa fecha. Mientras tanto, el Gobierno ha reducido el impuesto sobre la calefacción doméstica y ni las nuevas centrales nucleares ni las energías renovables parece que podrán cubrir las necesidades energéticas a corto plazo del Reino Unido.

La UE cuenta con un sistema de comercio de emisiones, que también es una buena idea. Pero su reputación se vio mancillada cuando el precio de los permisos de emisiones se hundió en 2007, porque los Estados miembros inundaron el mercado de ellos. Actualmente las condiciones para conceder los permisos son más estrictas, pero el problema podría muy bien repetirse dentro de cinco o diez años.

En Estados Unidos, la credibilidad de las restricciones a las emisiones de dióxido de carbono es aún más baja, porque las personas que no creen en la idea de que los seres

humanos causen el calentamiento global tienen mucha influencia a nivel político. Y, globalmente, el tratado de Kyoto expira en 2012 y por ahora no tiene un sucesor. ¿Por qué deberíamos creer que las palabras que se dicen hoy en día se convertirán en acciones mañana? En realidad, ¿por qué deberíamos creer que las acciones que se lleven a cabo mañana no se anularán si el gobierno se echa atrás pasado mañana?

Todo esto es importante, porque cualquier persona que tenga previsto construir un edificio de oficinas con un consumo eficiente de energía, una central eólica o una central nuclear quiere estar segura de que el proyecto no se vendrá abajo de repente a causa de un cambio de opinión radical del gobierno.

¿QUÉ HACER? Una posible solución, que mencioné el año pasado en esta misma columna, es crear una entidad para el cambio climático equivalente a un banco central. Al igual que los comités de política monetaria, un "comité de política energética" podría utilizar una serie limitada de herramientas políticas para cumplir los objetivos fijados por el Parlamento. O, al igual que la Oficina Nacional de Estadística del Reino Unido, podría actuar como un organismo supervisor independiente.

Pero también existen posibles soluciones ad hoc. El Gobierno podría llevar a cabo una subasta de contratos a largo plazo de los precios de las emisiones de dióxido de carbono, lo que en realidad equivaldría a vender seguros (al mayor posterior) frente a la posibilidad de que estos precios se hundan. Dieter Helm y Cameron Hepburn, dos economistas de la Universidad de Oxford, han propuesto una idea como ésta.

Otra propuesta realizada por los economistas Warwick McKibbin y Peter Wilcoxon es más informal: consiste en que los gobiernos suscriban permisos de emisiones de

dióxido de carbono a largo plazo, una tonelada al año para siempre o al menos para unas décadas. Los titulares de estos permisos constituirían así un grupo de presión para que los precios del carbono se mantuvieran altos y estables. La idea de crear un grupo de presión que esté a favor de un impuesto sobre las emisiones de dióxido de carbono tiene algo de *frankensteiniana*, pero es una solución inteligente. Por ahora, estoy más preocupado por el hecho de que muy pocos parezcan conscientes de la naturaleza del problema de credibilidad sobre el dióxido de carbono.

Tim Harford es autor de *El economista camuflado* y *La lógica oculta de la vida*.

RESPECTO AL CAMBIO CLIMÁTICO, NO ENCUENTRO NINGÚN MOTIVO PARA TOMARME EN SERIO NINGUNA PROMESA DE NINGÚN GOBIERNO